

HCR
056
R454-rc

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION PARA EL HOGAR

SARA CASAL Vda. de QUIROS, Directora

SAN JOSE

— COSTA RICA —

AMERICA CENTRAL

Año X — Domingo 15 de Setiembre de 1940 — No. 438

Señorita Arabela González U.



El fallecimiento en San Vicente de Moravia, de la virtuosa señorita Arabela González ha sido profundamente sentido porque era un ángel de bondad. La dulzura de su semblante revela todo lo que su corazón encerraba, y no sólo virtudes atesoraba esta gentil niña, era muy inteligente y comprensiva de toda labor social. Duele en el alma que desaparezcan inteligencias como la de ella y corazones puros y entusiastas para todo lo bueno.

Sabíamos que simpatizaba con gran entusiasmo con Revista Costarricense y como buena maestra sabía la importancia para sus alumnos de la buena lectura. Para su afligido padre don Guillermo González e hijos y demás familia, para don Félix Umaña y amistades de Arabela, enviamos nuestro más sentido pésame.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Arabela.

Descanso en cama evita complicaciones que sobrevienen del catarro nasal

Durante la epidemia de la influenza, en el año 1918, los casos más serios (con complicaciones) en el hospital, de cuyo personal era miembro, eran hombres que no cogían cama en cuanto los atacaba. Permanecían de pie, tratando de hacer su trabajo rutinario, lo que traía por resultado que cuando llegaban al hospital mucha de la vitalidad y fuerza nerviosa de su corazón se había agotado. Así es que cuando la infección en la nariz y la garganta bajaba a los bronquios y al forro de los pequeños sacos de aire en los pulmones, se desarrollaba la bronconeumonía o la neumonía, y entonces aquellos pacientes, no tardaban días sino semanas en mejorarse. Algunos habían llegado ya extenuados al hospital, de manera que no tuvieron suficiente fuerza para resistir esas enfermedades tan virulentas, y murieron.

Afortunadamente se ha descartado la idea de que el que se niega a guardar cama porque no tiene más que un resfrío es un héroe o un hombre de hierro. Hoy los que cogen cama en cuanto se sienten acatarrados y resfriados está evitando pérdida de tiempo, dinero y vidas.

El doctor Arlie V. Bock, de Cambridge, publicó en la revista "Annals of Internal Medicine", la opinión de que las infecciones nasales y laríngeas son las que causan la pérdida del 50 por ciento del tiempo que se ausentan los empleados de las oficinas, fábricas y otros lugares comerciales e industriales.

El doctor Bock presentó un estudio que trata el cuidado, en la Enfermería Stillman de la Universidad de Harvard, de 1.667 casos de infección aguda en la nariz y garganta, a que se debió que ocurrieron muy pocas complicaciones entre ese gran número de pacientes.

Los síntomas eran usuales: congestión o sensación de llenura en la nariz y sinus contiguos, flujo de mucosidad o pus de la nariz, cansancio y muchas veces, fiebre, tos y dolor de garganta. Entre aquellas 1667 casos había 29 de infección del oído interno que los pacientes habían contraído antes de ingresar a la Enfermería. En 52 casos el resfrío se convirtió en neumonía, número que representaba como el 3 por ciento del número total de casos.

¿Cómo mantuvieron tan reducido el número de casos en que sobrevinieron complicaciones?

El doctor Bock lo atribuye a la buena asistencia dada por las enfermeras y a que los pacientes cogieron cama a tiempo, porque aunque sean organismos especiales o específicos que causan la infección, el cansancio de cuerpo y mente en los adultos los expone a que les ataquen el cuerpo.

Con descanso y descanso en cama, se afloja la tensión de vivir, y está generalmente convenido, que la tensión cansa. Guardando cama se evita más cansancio.

Betina de Holst Hijos

Acaba de recibir flecos y borlas plateados y dorados, panas para mantos en gran variedad de colores. Brocado para casullas, flores para altares de Iglesia, encajes para albas, galones dorados, plateados y de seda. Encajes de lino, lino para manteles de Iglesia, batista de lino.

ESTA RECIBIENDO NOVEDADES DEL EXTERIOR

No olvide conseguirnos suscritores para "Revista Costarricense"

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO X

San José. C. R., 15 de Setiembre de 1940

No. 438

15 de Setiembre, Día de la Patria

COSTA RICA... Cuántos hondos sentimientos despierta en el corazón este nombre tan querido... La amamos, es nuestra Patria, en ella nacimos, y desde que tenemos uso de razón recordamos uno a uno todos los acontecimientos de nuestra vida. Todas las impresiones al correr de los años se han grabado en nuestro corazón y han formado como una cadena de afectos, de cariños que ha atado nuestra vida a este pedazo de tierra que queremos con todo el corazón.

A Costa Rica no sólo la queremos los costarricenses, la quieren los extranjeros que han vivido largos años aquí y llega a tanto su afecto que son numerosísimos los que se hacen ciudadanos costarricenses y lo hacen no por conveniencia sino por sincero cariño a esta tierra de paz y libertad.

Y no sólo los que han vivido largos años aquí la quieren, los que viven algún tiempo se sienten felices y desean quedarse y hacer de ella su segunda patria.

Y nosotros deseáramos celebrar nuestra Patria con el corazón plétórico de orgullo, de satisfacción al ver a Costa Rica levantarse airosa en medio del Continente como ejemplo de Paz y Libertad, sin que hubiera la más ligera nube que empañara su cielo, pero desgraciadamente hay algo que nos llega a lo más hondo del corazón y que deseáramos ver pronto remediado: la moralidad. Muy poco nos preocupamos de levantar nuestro nivel moral!

Los costarricenses pueden estar orgullosos de sus instituciones, del adelanto alcanzado, mostrar muchas obras materiales hermosísimas, escuelas por todo el país, magníficas carreteras pero no

se preocupan como debieran porque la más estricta moralidad reinara en cada institución, en cada obra de bien social que existe.

Así, por ejemplo, se puede estar orgulloso del Sanatorio Durán y del Sanatorio de Niños. Allí hay disciplina, orden, moralidad; allí hay un Dr. Blanco Cervantes que hace respetar a las Hermanas de Santa Ana a quienes ha colocado como ellas merecen como jefes a quienes los enfermos quieren y respetan, a las que obedecen las enfermeras y las respetan como a sus superiores.

Para que una institución dé resultados debe haber mucho orden y disciplina, mucho moralidad, porque cuando la moralidad falta, la institución se desprestigia y lo que se obtiene al final es un desastre completo.

Hay otras instituciones de beneficencia que marchan muy bien porque hay orden, disciplina, moralidad y los dineros gastados escrupulosamente por manos honradas se aprovechan en bien de todos.

Desgraciadamente la institución más importante de todo el país porque es la que beneficia a todos los ciudadanos ha venido desprestigiándose al extremo que ya no se tiene esperanza en un resurgimiento moral y todo ello porque no hay respeto a la misma institución.

Todo el mundo comenta lo que pasa en ella, todo el mundo dice lo que ha visto, lo que le ha pasado con sus propios familiares, pero nadie tiene el valor de decir públicamente la verdad de lo que pasa. Nosotros que siempre hemos tenido valor para decir la verdad, esperamos todavía algún tiempo más, no perdemos la última esperanza; además, queremos dar tiempo para que

no se nos diga después que no lo ha habido suficiente para poder cambiar al régimen anterior.

Muy a menudo recibimos quejas de padres de familia, de vecinos de esos centros de corrupción que existen en los alrededores de San José, de los salones de baile donde pierden nuestras obreritas y sirvientas lo que más debieran guardar como su mejor y más valioso tesoro. Y qué desaliento el que todo el mundo tiene! Esos centros siguen su curso libremente y nadie reflexiona que allí se pierde irremisiblemente no sólo la mujer sino también nuestra juventud.

Dios quiera que no lleguemos aquí como en un país no muy lejos del nuestro, donde la juventud de la buena sociedad bebe hasta embriagarse y pasea su bochornosa debilidad por las calles de la capital.

Hace poco vimos unos seis u ocho muchachos a las dos de la tarde completamente embriagados; no los conocemos, pero se veían bien vestidos y nos dió lástima pensar en que esos eran ciudadanos que podrían llegar a ser útiles a la patria y convertidos en seres completamente degenerados por el licor.

Y la libertad es tanta que es escandaloso pasar de noche por las calles oscuras de los alrededores de San José y por los parques; aquello es vergonzoso: parejas y más parejas que no respetan a nadie para sus debilidades; al paso que vamos y con la libertad que existe, ya no será Costa Rica un ejemplo de buenas costumbres sino una ver-

dadera Sodoma y Gomorra. Cuando la moralidad invade las clases media y campesina es porque el mal ejemplo les llega de las clases superiores que son las que encarrilan al país.

Para que un país surja verdaderamente es necesario que se atienda no sólo el adelanto material sino también y como cosa principal a su moralidad.

Donde no hay moralidad, no hay respeto a nada, no hay honradez y como toda la administración está en manos de hombres cuya juventud fué una derrota moral, su edad madura será la consecuencia de ella y entonces el país tendrá que ir al precipicio.

Y de ahí los desastres de las administraciones públicas, los robos que menudean y el país no podrá sostener sus gastos y la deuda pública aumenta cada día y un país que no paga lo que debe puede llegar hasta perder su soberanía.

Ojalá que el día de la Patria lo podamos celebrar el año venidero con la satisfacción de observar en todos los ciudadanos costarricenses una preocupación constante por el resurgimiento moral de Costa Rica y que los hombres del Gobierno no vean el adelanto material como única salvación de la Patria para que no les pase como a los beduinos del desierto ilusionarse con espejismos... esperando llegar a las fuentes que muy pronto alcanzarán para satisfacer su sed y que se desvanecen como las nubes de verano.

Sara Casal Vda. de Quirós

Patria! Madre!

Por GUZMANO

(Página arrancada a mi libro)

...Una ilustre pluma venezolana dijo:—"Yo amo la Patria con ese cariño que se tiene al lugar donde uno nació, donde atravesó en infantiles juegos el verde alfombrado de la menuda yerba; donde se vé subir el humo del hogar y le sale a uno al encuentro el mastín de la familia, que le halaga y le conduce; donde está el árbol, el río, la cascada, la loma a que uno subió de niño para ver despuntar el sol de la mañana; donde oyó por la primera vez la voz del amor materno, tan dulce y al mismo tiempo, tan desinteresado..."

Y es verdad; y es por éso que se ama a la Patria, como Adán amó al Paraíso, en donde abrió los ojos para ver las hermosuras de la naturaleza, de la que recibiera los primeros ósculos y la primera sonrisa.

Este noble sentimiento en donde quiera es el mismo: la Patria es un jardín para sus hijos, ya que fuera de su aire y de su cielo, lejos de su sol y de sus horizontes, aunque paseemos nuestra humanidad por las principales arterias de Berlín, Londres o París, todos nos sentimos desfallecer como

desfallecen las aves y las plantas conducidas a climas extraños.

Pero este amor sentimental e instintivo, este amor que obedece a una ley providencial que hace al hombre una parte integrante del terruño nativo, no es el único amor de este género; hay otro amor a la Patria más alto, más inconmensurable: el amor del espíritu.

¿En qué consiste ese más noble amor?

Ese amor no es el que SIENTE sino el que COMPRENDE; no el que se sacia en la felicidad, sino el que no se sacia nunca, fuerza incansable como ímpetu de águila y alientos de titán. Es el amor que nos hace amar a la Patria, no como el bosque florido, sino como un centro poderoso de esperanzas y glorias; no a la Patria de los lagos y de los ríos, de los altos montes y tendidos mares; no a la Patria de suaves y arboladas márgenes, sino a la Patria-altar, la Patria-templo, en donde se paga el tributo a la civilización y al cristianismo, a la libertad y a las letras, uniendo a las páginas del pasado las páginas del presente, páginas de oro si lo son de progreso, páginas de sangre, si lo son de martirio.

El amor a la patria no es un solo amor ni una unidad; es un número, porque es el amor de los amores, después del de Dios; porque es el amor del corazón y del espíritu; porque es el amor del recuerdo del hecho de la satisfacción y del deseo. Es por eso que vence a todos los otros amores, excepto el divino, y por lo que no conoce rival, es el amor a la madre, que es igualmente profundo, le cede el paso y no es sino una de las emanaciones suyas.

La madre es genitora de hombres; la Patria es genitora de pueblos. El hombre junto a la ma-

dre carnal es siempre un niño; el ciudadano junto a la madre moral es siempre un héroe. A la primera se le sonríe con los labios y se le llora con los ojos; con la segunda no se ríe nunca el hombre, y si alguna vez la llora es con el llanto de Mario en Cartago, o de Jeremías en Jerusalén. La Patria es la grande madre de los siglos; la mujer no es sino la madre de los años. La madre muerta no es un recuerdo sino una veneración; la madre viva es un tesoro de inagotable riqueza. La Patria presente es el cielo en la tierra; la Patria ausente es el constante martirio del alma.

Amor a la Patria y a la madre son los dos únicos amores sin término en el infinito. La Patria es, pues, una madre; la madre de nuestra familia y de nuestra raza. La patria es una nueva Hécuba, siempre fecunda, que nutre no individuos, sino generaciones. La Patria es una renovada Tetis, dando a cada uno de esos grupos de la humanidad llamados NACIONES, nuevas fuerzas cada vez que cae en la perenne liza de la vida.

Cuando el romano, herido, exclamó un día con voz de tremendo castigo: —“Ingrata Patria, tú no poseerás mis huesos”, la historia recogió esa maldición implacable como síntesis de un gran dolor humano. Napoleón, agonizante en Santa Elena, bendijo a la Francia y le encomendó sus huesos. Entre aquel odio y este amor, media algo inefablemente grande, media el Cristianismo. La religión cristiana es la Patria de todas las Patrias, y la madre de todas las madres. Como tal, es un perdón desde el bautismo hasta el sepulcro. Por esto quien ama de veras a su Patria, ama a esta religión y por ella a Dios.

(La “Rosa del Perú”).

Ego, te alsolvo

Ruge el cañón y la guerra aulla en la matanza. En un rincón del campo de batalla hay un hospital de emergencia, los heridos se encuentran tan graves que no se puede pensar en transportarlos al interior, la mayor parte están perdidos sin remedio.

La sala está triste, casi silenciosa y entre las dos filas de camas, la muerte acecha...

Sin embargo a los desdichados desposos de hombres que agonizan, los cuidados abnegados no les faltan. Cerca de estos pedazos humanos hay corazones de mujer... Hermanas enfermeras que con su inagotable ternura reavivan esperanzas y endulzan agonías. A las almas que sufren Dios les habla en secreto, habla a los que le han olvidado desde hace tiempo.

El soldado que gime al fondo del salón es católico. Los azares de la vida lo llevaron de aquí para allá, y nunca pensó en su alma, ni que en el *más allá* hay un Dios que espera...

Todavía ayer renegaba de la religión, blasfemaba, pero la sangre que vertió por su Patria, por Dios y por sus semejantes lo ha rebautizado. Su fin está tan próximo.

—Hermana—llama.—Yo quiero un sacerdote.

—¿Un sacerdote? ¡.....!

La religiosa lo mira angustiada... Los sacerdotes están allá... soldados camilleros, capellanes, todos están ocupados en la lucha atendiendo las más urgentes necesidades... Por la noche, seguramente llegará uno a visitar el hospital... Pero ¿a qué hora? Este muchacho puede partir antes.

La hermana se inclina hacia el moribundo, le habla de contrición, le abre la conciencia, le ayuda a arrepentirse, y el herido siente renacer su confianza. En alta voz solloza ella su angustia:

—¡Dios mío! ¡No hay un sacerdote para estos tus hijos que se mueren!

El enfermo de la cama vecina que la oye la llama:

—Hermana... un sacerdote... allí hay uno en el fondo.

—Un sacerdote aquí? ¿Un sacerdote?

Si, pero tan mal, tan mal... las dos piernas rotas y puede que el pecho y el hombro también. Caímos juntos y él me ha dado la absolución antes de perder el conocimiento.

Y señala penosamente con el único dedo que le queda en el único brazo válido, el lugar ocupado por el Padre en el otro extremo de la sala...

La religiosa corre ansiosa hacia el sacerdote quien no la ve llegar. Se detiene dudosa:

—¡Ah! ¡Es este!

Y sus dos brazos caen en un gesto de desolación, "Es este!"

La esperanza se desvanece. ¡Pobrecito! Un síncope lo ha postrado desde que llegó en la mañana, imposible despertar la vida en ese cuerpo cadavérico, que si no ha muer-

to poco le falta. El médico al examinarlo ha dicho "Nada que hacer".

¡Nada que hacer! y el otro que espera su socorro!

Se inclina aproximándose al rostro crispado por el dolor y murmura:

—¡Padre!... ¡Padre!

A estas palabras los ojos del moribundo se entreabren reanimados por una llama de vida.

—Padre, hay un desdichado moribundo que reclama la absolución...

En un soplo, el sacerdote-soldado contesta:

—Lléveme con él...

Cuatro enfermeros levantan la cama y muy despacio para evitar los bruscos movimientos que pueden precipitar el fin, llevan el consuelo al que espera. Los ojos del sacerdote se han cerrado y la hermana se pregunta angustiada, si no es un cadáver el que transportan.

—Allí, ordena la religiosa, las dos cabezas cerca, con cuidado, sin sacudidas.

El padre abre los ojos, mira a su camarada y le dice:

—Aproximate, hijito, despachemos ligero, que esto precisa...

Los enfermeros se alejan. Las palabras se deslizan por los labios agotados, es casi un cuchicheo—la muerte está tan cerca que cuenta ya los segundos y por los rostros lívidos pasan algunas impresiones fugitivas, fulgores de esperanzas que parecen surgir de un hogar invisible...

Sobre sus camas los demás heridos se han incorporado para ver esta escena nunca vista. Los enfermeros se han arrodillado y la religiosa no puede retener sus lágrimas. Todos miran a estos dos moribundos, tan bellos, en este drama sublime.

La confesión ha terminado. El sacerdote se recoge en la solemnidad de su ministerio e inútilmente trata de levantar la mano para bendecir con un gesto de perdón al penitente que espera la absolución; el brazo está inerte como si lo hubiera cogido ya la muerte. Dirige a la hermana una mirada suplicante:

—Hermana... ayúdeme... mi brazo... levánteme el brazo...

La hermana sostiene el brazo del sacerdote sobre el moribundo cuyo rostro tranquilo está cada vez más pálido.

En un último esfuerzo el Padre dice: *Ego te absolvo a peccatis tuis, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti...*

Un silencio supremo. La religiosa reposa el brazo del sacerdote suavemente; mira a los dos heridos que están cada vez más pálidos...

Dos suspiros se confunden en uno solo anunciando que todo ha terminado... ¡Era ya tiempo!

—Gracias, Dios mío! murmura la hermana secándose las lágrimas. Y para afirmar el acuerdo fraternal de los dos compañeros de armas une sus manos y entrelaza en sus dedos un rosario.

La voz del cañón se deja oír nuevamente con sus aullidos de matanza... ¡Es la guerra!

Doña Carolina Nelson de Rojas

El 3 del presente falleció en San Juan de Tibás la muy virtuosa señora doña Carolina Nelson de Rojas, matrona queridísima en ese lugar, quien toda su vida fué un digno ejemplar de madre modelo por su fé y virtudes cristianas. De carácter bondadoso, y su corazón caritativo la hacía atraerse a todos los necesitados que siempre encontraban en ella el alivio de sus penas.

Enviamos nuestro más sentido pésame a la muy distinguida y querida familia Rojas Nelson por tan sensible e irreparable pérdida y muy especialmente a sus hijos: don Gonzalo Rojas Nelson y señora, don Ricardo Rojas N. y señora, don Carlos Paniski y señora, don Miguel Cartín y señora, don Alberto Paniski y señora, a sus hermanos, sobrinos, nietos y demás apreciables miembros de la familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Carolina.

Don Ginés Pujol

Profunda impresión nos causó la noticia del fallecimiento del apreciable caballero español don Ginés Pujol quien residió en Costa Rica largos años. Persona muy querida por su cultura y gran corazón. Lo conocimos personalmente y admirábamos su carácter tan amable, siempre el mismo, fino y atento. Miembro apreciablesísimo de la Colonia Española que se había hecho acreedor al aprecio y cariño de los costarricenses, su muerte ha sido verdaderamente sentida por sus numerosas amistades.

Enviamos nuestro más sentido pésame a sus distinguidos hijos don Antonio y a doña Marta de Armijo, a las señoritas Teresita y Paquita Pujol, a sus hermanos doña Carmen Vda. de Collado, a don Ramón Pujol y a doña Anita de Pujol, a don José Pujol y a doña Belarmina de Pujol; a sus sobrinos, nietos y a los demás miembros de la apreciable familia doliente.

Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Ginés.

AMOR, PAZ y ALEGRÍA

Tres lecciones del Corazón de Jesús a Sta. Gertrudis respecto al abandono confiado

1. 'Un día que Santa Gertrudis, en la oración, se sentía muy abatida y desalentada, Nuestro Señor le inspiró, por su misericordia, una gran confianza en su divino Corazón, e invitándola a pre-

sentarse delante de El, como Ester delante de Asuero, le dirigió estas palabras: ¿Qué ordenáis, mi soberana? La Santa respondió: 'Pido, Señor, que vuestra amabilísima voluntad se cumpla en

mí plenamente." Entonces el Salvador, nombrándole una después de otra las personas que se habían recomendado a sus oraciones, le dijo: ¿Qué me pides para esta alma, para esta otra y para aquella que reclama más especialmente?" Gertrudis respondió: "Pido únicamente, Señor, que vuestra voluntad se cumpla en ellas perfectamente. Todos mis deseos y todas mis delicias consisten en ver vuestra voluntad plenamente satisfecha en mí y en todas vuestras criaturas." *"Mi Corazón, repuso Jesús, está tan conmovido por el abandono confiado de tu Corazón a mi santa voluntad que quiere suplir él mismo a todo lo que en tu vida pasada te hubiera faltado para esta disposición y te amará en adelante como si toda tu vida hubieses estado conforme a mi voluntad."*

No deseemos, nosotros tampoco más que el cumplimiento de la voluntad de Dios en nosotros mismos como en nosotros, en nuestros asuntos privados, y en las necesidades de la Iglesia, en nuestras obras de celo y en todo lo que nos sea más querido. Esperemos con confianza obtener por nuestra fidelidad al abandono, una misericordia semejante a la que obtuvo Santa Gertrudis del Corazón de Jesús, a saber, que El mismo se digne reparar todo lo que hasta aquí nos ha faltado en este punto, de manera que acepte nuestras súplicas pasadas, como si hubiesen sido enteramente conformes a su santa voluntad, todas nuestras acciones pasadas, como si hubieran sido hechas únicamente para cumplir su voluntad, todas nuestras pasadas penas, como si hubieran sido aceptadas con una perfecta resignación.

2. "Una noche en que Gertrudis sufría con fiebre más que ordinariamente, deseó saber si su mal empeoraba o mejoraba. El Señor se lo manifestó llevando en su mano derecha la salud y en la izquierda la enfermedad. La presentó sus dos manos a fin de que escogiese la que prefería. Pero ella apartando las dos manos del Salvador, se inclinó hacia su Corazón dulcísimo en el cual ella sabía que reside la plenitud de todo bien, y respondió: "Señor, no escojo nada, no quiero sino la voluntad de vuestro Corazón." Jesús entonces haciendo brotar de su Corazón, como una fuente de gracias, la hizo correr por el corazón de Gertrudis diciendo: *"Puesto que renuncias a tu propia voluntad para abonarla enteramente a*

la mía, yo derramó en ti toda la dulzura, toda la alegría de mi Corazón divino."

¡Qué ejemplo tan instructivo y consolador! No escojamos nada, no pidamos nada: abandonémosnos con toda confianza a la voluntad tan sabia y excelente de nuestro único amigo; él escogerá para nosotros lo mejor y nos colmará de la dulce alegría de su Corazón, pues no puede haber una alegría mayor para una criatura, que servir según la voluntad de su Criador, que ser dirigida por esta voluntad amabilísima y descansar enteramente en su Providencia.

3. Un año, en la fiesta de la Circuncisión, Gertrudis pidió al Señor aguinaldos espirituales para las personas de su Comunidad; Jesús le respondió: "Si alguno quiere renunciar generosamente a su voluntad propia, para no buscar en todo más que mi sola voluntad, mi Divino Corazón le iluminará con una luz viva para conocer mis deseos. Le haré ver en qué ha faltado a su Regla, expresión de mi voluntad, y repararé con él todas mis faltas. Como un maestro benévolo que instruye a un niño tiernamente amado, le haré reposar sobre mi Corazón, y le mostraré dulcemente las faltas que ha cometido. Le corregiré así con bondad lo que ha hecho mal y supliré por lo que ha descuidado. Y así como un niño distraído, pasa sobre muchos puntos sin hacer atención, yo pondré atención por él y supliré por lo que haya omitido. He aquí el deseo de agradarme en todo y el abandono confiado en mi Corazón divino. Yo les haré encontrar, con la reparación de todas sus faltas del año transcurrido, la luz y la fuerza para conformarse enteramente con mi voluntad, en adelante."

Apliquemos esta enseñanza tan luminosa y consoladora. No deseemos otra cosa que agradar al Corazón de Jesús, y luego pidámosle con confianza que lo repare por nosotros, nuestras faltas, nuestras negligencias, nuestras omisiones. Por medio de este abandono podemos obtener, pues, que todos nuestros años de Religión tengan ante El el mismo precio que si hubiéramos observado nuestra regla, ya que él suplirá misericordiosamente en todo lo que nos falte. Lo mismo puede decirse de toda tarea que nos señale la providencia y que deseemos llenar perfectamente. El mejor medio para alcanzarlo será siempre el abandono confiando en su misericordia.

NOVELA

—Schist... mujer... cállate — intervino una chiquilla menuda, de rostro insignificante y abrigo raído, que parecía acompañarla. — Si en efecto está en su despacho, puede oírte y te quedas sin la colocación.

—Tengan calma, señoritas; repito que no ha venido — dijo conciliador el muchacho. Y volviéndose hacia mí añadió: — Haga el favor de sentarse.

Así lo hice junto a una de las "pretendientes" al puesto que yo también deseaba, una jovencita de cara sonrosada y picaresca.

—Apostaría mi sueldo de un mes — exclamó dirigiéndose a todas en general y a mí en particular — a que si el señor abogado la ve al entrar, suya es la plaza de taquígrafa.

—¿Por qué? — Inquirí con asombro, y con los ojos profundamente abiertos.

La chica pecosa rió estrepitosamente.

¡Por qué! ¡Por qué!... ¡Cómo si ella no lo supiera, la pobrecita! — dijo burlona.

—¡Yo...! ¡Naturalmente que no lo sé!

La delgadita que la acompañaba, intervino a su vez, tratando de poner paz.

—No seas ordinaria, Paquita. Esta señorita no debe estar acostumbarda a estas cosas. ¿No es cierto? — preguntó sonriéndose.

Me limité a sonreír a mi vez y no respondí, por lo cual continuó diciendo:

—Va usted tan elegante que no parece una de nosotras.

—Y desde luego no lo es — afirmó mi vecina de asiento. — Lo que yo aseguro es que si la ve el abogado, a quien yo conozco por referencias, nos quedamos las demás sin la colocación.

Volvióse hacia mí.

—¿Se ha dado usted cuenta de que es usted muy guapa? Si yo tuviera su figura no me dejaría envejecer y marchitar en una oficina.. ¡Así que no hay cosas donde puede lucirse! Las tablas, las casas de modas...

Dos o tres muchachas mirábanme de arriba a abajo y las demás escuchaban impávidas.

La que acaba de hablar, dirigió la vista hacia el fondo de la sala, donde el escribiente que tan amable había sido conmigo, hacía números sin acordarse de nosotras y añadió, bajando la voz:

—Sé que el dueño de esta oficina es un gran admirador de la belleza. Varias veces he ido con mi novio (¡un militar, no crean ustedes!) a varios salones de té y siempre he encontrado en ellos a ese caballero con muchachas preciosas...

—¿Y cómo sabía usted que se trataba del señor Covisa? — inquirió con curiosidad la llamada Paquita, viéndose quizá invitada a cualquiera de los sitios que la otra nombrara.

Porque mi novio le conoce de vista.

—Y qué la contó de él? — siguió preguntando la regordeta chiquilla.

—Me dijo: "Ese señor es abogado. Tiene un bufete en la Gran Vía." Nos habíamos fijado en él por su tipo tan poco vulgar y por lo bien acompañado que iba siempre, como las digo, con bellezas espléndidas. Cuando vi anunciada esta oficina en el periódico recordé el nombre que mi novio me había dado...

—Y dígame usted... ¿Qué tal es? ¿Es guapo?

No obtuvo respuesta. Abrióse en aquel momento la puerta de cristales dando paso a una imponente figura de hombre que sin fijarse en ninguna de nosotras, atravesó rápidamente la estancia, desapareciendo en una habitación separada de la nuestra por una mampara.

—¡Qué chasco! — exclamó desilusionada la muchacha de las pecas, — ¡Yo le creía un héroe de novela! Para esto, no hubiera yo hecho tantas preguntas...

El escribiente cargado de espaldas había

seguido a su jefe y en aquel momento regresaba a su puesto. Dejó sobre su mesa un montón de cuartillas y dirigiéndose luego hacia nosotras, advirtió:

—El señor director va a comenzar a recibir a ustedes.

Todas nos pusimos en pie como impulsadas por un resorte.

—No... así no puede ser.. hagan el favor...

—¡Yo vine la primera! — dijo Paquita cogiendo del brazo a su amiga y tratando de acercarse a la mampara.

Mi cariñoso protector lo impidió.

—Eso cree usted, pero se equivoca. Esta señorita — y me mostró con la mano — fué la última de las que vinieron ayer tarde. El señor director no la pudo recibir por tener que marcharse a unos asuntos...

(Algún salón de té?)

—...y quedó en atenderla hoy por la mañana en cuanto llegase.

Me pareció una mala acción. Quise volver a sentarme, pero ya el amable joven me empujaba hacia la mampara de cristales.

Sin saber cómo, me encontré de pronto frente el señor director. Estaba tan nerviosa que me dieron ganas de dejarme caer sobre uno de los mullidos sillones de terciopelo que amueblaban el despacho, pero hice un esfuerzo y me repuse.

Don Guillermo Covisa escribía sin dignarse levantar la cabeza. Tratábase de un hombre corpulento, calvo, de rostro reluciente... Llevaba monóculo y vestía un elegante traje claro. No me gustó

Tosí. Este me pareció el único medio de llamar su atención y decidí no ser tímida. Quería jugarle esta vez el todo por el todo.

Me miró y sus ojillos brillantes y chiquiritines también me desagradaron.

—¡Caramba! — exclamó levantándose con rapidez. — ¿En qué pensará ese hombre que no me advierte que tengo una visita? Perdón, señorita... Siéntese, tenga la bondad... ¿En qué puedo servirla?

Me ruboricé y no hice caso de su invitación.

—Se trata de... quisiera... me parece... — balbucí.

Miróme sonriendo.

—Si su asunto es un caso de divorcio y la causa timidez... Aunque me parece usted muy joven, señora.

—¡No! Desde luego... no es eso...

Me rehice y mirándole de frente, dije muy de prisa:

—He leído su anuncio en el periódico... Necesita usted una taquígrafa, y como creo servir, he decidido presentarme para rogarle que me conceda ese puesto...

—¡Cómo! ¡Usted!

Aquel estupefacto "usted" sirvió para avergonzarme más y no respondí.

—¿Quiere usted ser mi taquígrafa?... ¡Pero, señorita! ¿Está usted segura de desearlo?

—Sí, señor. Y creo también que serviré... Además de la taquigrafía, poseo varios idiomas... Hablo el inglés con la misma facilidad que el español y conozco bastante bien el francés, el alemán y el italiano...

Se había sentado y me miraba muy complacido de arriba abajo.

Hubo un silencio, mientras mi corazón latía aceleradamente. ¡En aquel momento podía arreglarse el medio de que lograra vivir tranquila, si bien careciendo de lujos... y de ilusiones!...

—¡Veo... que es usted una joya! — dijo al fin con acariciadora sonrisa.

—No digo tanto — murmuré sin querer comprender su velado piropo. — Más para lo que usted necesita, creo servir.

—¿Y cómo sabe usted lo que yo necesito? — preguntó ligeramente burlón.

—Una taquígrafa — respondí ruborizándome, pero sin darme por vencida. — Mi obligación será escribir al dictado, supongo... y diferentes conversaciones...

Me interrumpió.

—Me gusta usted, criatura: me gusta usted... La juzgo una muchachita muy dispuesta... ¡Me gusta usted!

¡Qué suspiro se escapó de mi pecho! No quería darme cuenta de que tanto como mi ofrecido trabajo le encantaba al abogado mi persona y respiré satisfecha, sonriendo algo tranquila.

—Eso es! Ríase usted... Me agradan las

muchachitas alegres... divertidas... Pero siéntese, señorita: siéntese... Todavía no es usted mi subordinada. No andemos con cumplidos...

Le obedecí. Debía ser amable, por lo menos en aquel momento, si no quería perder la colocación.

—Las horas de trabajo las habrá visto en la placa dorada de la puerta... Son bastantes, pero siempre procuran las muchachas como usted pasarlas lo mejor posible... Je, je, je... Los honorarios...

(¿No me daba vergüenza tener que recibir dinero de un hombre? ¡Qué delicada era, a pesar de carecer... de todo!)

—...los honorarios, que tengo por costumbre pagar adelantados, son pesetas... pesetas... ¡ah, sí! ¡doscientas pesetas, amiguita! Creo que la convendrá.

¡Oh, sí! ¡Me convenía! Aquella cantidad que en otros tiempos me hubiese parecido ridícula, me serviría ahora para vivir... Por lo pronto pagaría otro mes de alquiler... me compraría una alfombra que no fuese muy cara... apartaría una cantidad para pagarme un baño diario, de los que tanto trabajo me costaba prescindir...

—¿Ha prestado usted servicios en alguna otra oficina?

—No... no, señor...

—Mejor. Yo pienso de distinto modo que mis colegas. Prefiero una muchacha inexperta a una oficinista maleada. ¿Queríamos de acuerdo? Me inspira usted confianza...

—Muchas gracias. Yo desde luego estoy conforme.

—Muy bien. ¿Su nombre, señorita?

Palidecí... ¿Mi nombre? Tendría que dar el de Blanca, aquel que por su causa había llegado a aborrecer...

—Me llamo Marión...

—¿Marión qué?

—Marión...

Le miré. ¿Qué decirle, Dios mío? No sé por qué acudió a mis labios el de la señora Estefanía.

—Marión... Portillo.

—Perfectamente.

Me levanté.

—Entonces... — murmuré.

—Mañana a las nueve puede usted comenzar su trabajo. Federico, el muchacho que habrá usted visto fuera, la entregará su salario y se encargará de ponerla al corriente de todo... Adiós, pequeña señorita Marión...

Me molestó que me llamase pequeña. ¡Con mi estatura, que Blanca, tan amable siempre, tachaba de exagerada! Pero aquel hombre grueso y reluciente era ya mi jefe y nada objeté.

Saludé con la cabeza y salí, a tiempo de oír la voz del director, llamando a su empleado.

—Federico... Puede usted decir a todas esas señoritas que ya está cubierto el puesto vacante.

Sentí tal lástima hacia las demás chicas que sin mirarlas (temía sus hostiles ojos) salí rápida, bajando de dos en dos los escalones de mármol.

Al día siguiente, a las nueve en punto, me encontraba ya en "mi oficina". El amable Federico, saliendo a mi encuentro como el día anterior, me saludó sonriente.

—Buenos días, señorita; celebro que consiguiese usted el puesto.

—A usted se lo debo. Si cualquiera de las muchachas que estaban esperando, hubiese entrando antes, tal vez a estas horas yo continuase en la calle.

—O no... Antes de ayer vinieron varias y ninguna fué del agrado del señor director. Es muy exigente... Y ahora, si usted quiere, pasaremos a su despacho.

¿Al del director? No: al mío... es decir al que yo tendría que compartir con otras dos muchachas. Era una habitación no muy grande, en la que había muy pocos muebles: dos máquinas de escribir en sus correspondientes mesas, otra mesita al lado del balcón (la que me estaba destinada) un gran espejo de oscuro marco, una percha y tres sillas. El suelo, de madera, no estaba encerado como el de las otras habitaciones, pero el conjunto que todo esto formaba no resultaba desagradable.

—Aquí tienen ustedes una nueva com-

pañera, señoritas — dijo el escribiente a las mecanógrafas, que delante del espejo se arreglaban el pelo.

—Buenos días — saludaron ambas al unísono, mirándose con curiosidad.

Las sonreí y procedí a quitarme el abrigo y el sombrero, que colgué en la percha, donde ya se encontraba la no muy brillante ropa de mis compañeras.

—Perfectamente — susurró mi mentor, frotándose las manos. — Y conduciéndome a mi mesa, puso ante mis ojos un montón de cuartillas cubiertas de signos taquigráficos.

—Ante todo — me explicó — ha de traducir usted estas cartas, que la señorita que ocupaba este puesto, dejó por hacer. Tiene usted tarea para todo el día seguramente... Una vez haya concluido, el señor director la dictará sus asuntos, según acostumbra...

Se marchó y yo me quedé contemplando el blanco papel, al manguillero de color caoba, el tintero de cristal... Luego levanté los ojos hacia las dos muchachas que escribían a máquina.

La de más edad, tendría unos treinta años, y al entrar y verla ante el espejo parecióme enormemente bajita. Llevaba un vestido azul oscuro que contrastaba con la blancura algo exagerada, para mi gusto, de su rostro y de sus manos. Sus cabellos, lisos y negros, no eran bonitos y el gesto como asqueado de su nariz ancha y de sus labios finos, hacía la sin duda parecer más vieja.

La otra sería aproximadamente de mi edad. Tenía una cara graciosa y simpática, cabellos castaños y ondulados, rostro trigüeno y boca grande de labios gruesos. Durante un buen rato estuvo contemplándome con el rabillo del ojo, sin interrumpir su trabajo. Pero como según madame de Staël, "las mujeres consideran la confianza como el primer requisito de la amistad", aquella muchacha decidióse a hablarme.

—¿Cómo se llama usted? — me preguntó sonriéndome y dejando al descubierto una espléndida dentadura.

—Marión...

—¡Bonito nombre!... Mi compañera es la señorita Amelia Alvarez y yo me llamo Margot... Espero que seremos amigas.

No me seducía mucho la proposición, pues mi ánimo se encontraba incapaz de establecer amistades. Sin embargo, respondí amablemente:

—¡Ya lo creo! ¡Encantada!

Amelia Alvarez, desarrugó por un instante su corta nariz e inquirió:

—¿Ha trabajado usted en algún otro sitio?

—No... Esta es la primera vez.

—Lo había adivinado — exclamó Margot. — Se nota que hoy hace usted su debut en el oficio... ¿Alguna desgracia de familia? Porque usted parece pertenecer a una clase elevada...

—No seas indiscreta, muchacha — reconvino Amelia.

—¡Cállate tú, Asquitos! Esta chica tan guapa y yo, hemos de ser grandes amigas, no acabas de oírlo?

Asquitos encogióse de hombros y después de mover de un lado a otro su negra cabeza, optó por continuar su trabajo.

Margot, por el contrario, levantóse de su asiento y se acercó a mi mesa, sobre la cual apoyó los codos y en las manos cerradas su redonda barbilla.

—La señorita que ocupaba antes su puesto, no me gustaba nada — confesó. — Se creía una belleza, ¿sabe usted? y gozaba despreciándonos. Y sin embargo, no tenía comparación con usted... Menudita, con el pelo teñido a lo Hollywood... ¡una verdadera vulgaridad!

—¿Por qué se marchó? — pregunté por decir algo.

—Por una razón sencillísima; porque regañó con el jefe... Eran novios, ¿sabe usted? y claro... las cosas...

Se interrumpió.

—Lo que ocurre en el puesto que usted ocupa es que casi todo el tiempo hay que estar en el despacho del señor Co-

(Continuará)

Concepción Cabrera de Armida

(Continúa)

Dios la tenía; a algunas de sus almas íntimas les decía: "parece que nada hay entre Jesús y yo; como si nunca nos hubiésemos conocido."

Desde su primera gravedad la asistió el Excmo. Sr. Martínez, quien la sostuvo hasta la muerte en el inenarrable sufrimiento que acabó con su vida.

A principios de febrero de 1937, a sus males físicos, vino a agregarse la erisipela que aumentó sus sufrimientos. Por fin, el 21 de febrero del mismo año, el médico comunicó a su familia la fatal noticia de que ya la ciencia nada podía hacer por la enferma, y la declaró desahuciada.

Sin embargo, no se perdían del todo las esperanzas y se redoblaban las oraciones para prolongar esta vida que se hacía tan necesaria para el progreso y consumación de las Obras de la Cruz; pero su medida estaba colmada y parecía que Jesús mismo, que tantas señales le dió de su predilección, tenía prisa de recogerla en su Corazón eternamente.

Según ella misma declaró en la intimidad, las penas físicas eran descanso en comparación de las penas interiores que torturaban su espíritu. En efecto, la amargura más profunda se iba acentuando en su fisonomía y en los últimos días de su vida hubo escenas de dolor que desgarraban el corazón.

Un día, durante la santa Misa que se celebraba en la pieza contigua a donde, como se ha dicho, fué trasladado el Oratorio, pidió perdón a sus hijos desde su cama, hizo las últimas recomendaciones de unión, de caridad y de celo, y les suplicó que rogaran por ella, porque el cáliz del dolor se desbordaba.

Sin embargo, aún en esas circunstancias dolorosas no perdió de vista su misión de víctima y, unas veces con los labios, otras con la mirada y siempre con el corazón, se ofrecía a la voluntad del Padre Celestial que así la inmolaba en unión de Jesús.

Todavía unos días antes de su muerte no se quitaba el cilicio de cintura; una de las religiosas de la Cruz que por casualidad lo vió, se lo quitó enseguida.

Sólo Dios pudo contar las horas de soledad,

de abandono, de amargura que pasó en esa enfermedad cruel; pero hasta el fin fué toda paciencia, generosidad y humildad, manifestando con palabras sentidas y llenas de afecto su gratitud a quienes la atendían y velaban.

Llegó el 2 de marzo de 1937, último día de martirio y destierro: su agotamiento, que la mantenía en una semiconciencia alarmante, era extremo. Se pasó el día entre el temor y la esperanza. A las 7^a p. m. tuvo un síncope y pareció que había llegado el último momento de su vida. El Excmo. Sr. Martínez empezó a recitar las paces de los agonizantes, acompañado del Revmo. Padre Félix de Jesús, del M. R. P. Edmundo Iturbide, de algunas Religiosas de la Cruz y de su atribulada familia. Pero no fué este el momento final: pasado el síncope pareció que no había peligro inmediato y a las 11 p. m. casi todos se retiraron, quedándose con la enferma algunas Religiosas de la Cruz y personas de su familia, y en la pieza contigua, un Misionero del Espíritu Santo, sus hermanos y sus hijos.

Parecían más tranquila, aunque en un sufrimiento indecible. Se trató de dejarla reposar algunos momentos. Estaba sentada en su lecho, con la cabeza profundamente inclinada.

De pronto una de las religiosas se inclinó para verle el semblante y, al ver su rostro moribundo, avisó inmediatamente al Excmo. Sr. Martínez que descansaba en un aposento de la misma casa, y a todos los demás.

El Excmo. Señor la animó a hacer el supremo sacrificio de su vida en favor de los Sacerdotes, a lo que ella asintió elevando su dulce y pura mirada. Su semblante se fué afilando, era la viva imagen de Jesús Crucificado... Así entregó su alma al Dios que había amado tanto...

Eran las 0.20 de la mañana del día 3 de marzo de 1937.

Desde que se extendió la noticia de su muerte, se formó una especie de piadosa romería, acudiendo numerosas personas a visitar y venerar sus despojos, tocando, primero a sus manos y des-

(Continuará).

Las dos madres

Había un condesito bueno como un ángel y noble como un rey, que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educación brillante había perfeccionado los sentimientos de su corazón y las ideas de su mente, como perfecciona un barniz precioso los ricos tallados de una moldura. Habíale inculcado su piadosa madre una profunda devoción a la Virgen Santísima, cuyo escapulario traía siempre consigo. Llevábale cuando niño ante un altar de la Purísima, y le enseñaba a invocarla con el dulce nombre de MADRE.

Así fué que el amor de esta madre del cielo y el de su madre de la tierra, crecieron juntos en el corazón del niño, unidos y enlazados como dos áncoras de salvación que hubieran de salvar al mismo navío. Profesaba a la Virgen aquél amor tierno y confiado que le inspiraba su madre: amaba a ésta, con aquel respeto y veneración que infundía en su corazón de niño la imagen de María.

Pasó la niñez con su inocencia, y llegó la juventud con sus devaneos. El joven Conde se separó de su madre, para ir agregado a una embajada, a una corte extranjera. Su corazón abierto como una rosa a todos los impulsos de la brisa, de nada desconfiaba: poco a poco trastornó su cabeza la lisonja, y corrompieron su corazón el ocio y la opulencia.

Una a una ajaron entonces sus creencias, y uno a uno se marchitaron sus sentimientos, como una a una caen también las hojas del azahar, perdidas ya su fragancia y su blancura. Sólo quedó en su corazón el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, como queda en el fondo de la cala, el lastre que salva a la nave del naufragio. Arrodillábase todas las noches junto a su lecho al tiempo de acostarse, y rezaba tres Ave Marías a la Virgen Santísima, acabando con ésta popular oración, que entre besos y caricias le había enseñado su madre:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea,
en tan graciosa belleza.

A tí, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María,
yo te ofrezco en este día,
Alma, vida y corazón,
Mírame con compasión,
¡No me dejes, Madre mía!

—No me dejes, Madre mía! — repetía siempre al dormirse el infeliz Conde; y una pena amarga y una angustia tristísima nacía entonces en su corazón, y crecía y subía en él, como en las mareas del mar, las olas amargas. Era el remordimiento!

Mas al día siguiente volvía a sus devaneos, deslizándose sin sentir por esa resbaladiza pendiente que del vicio conduce a la degradación, y de la degradación al crimen. Un día marchó a una gran partida de caza, acompañado por un amigo infame que le había perdido: sorprendióles en el campo una tempestad horrible, y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero rendido por el cansancio, y el conde le imitó, después de rezar con más vergüenza y amargura que nunca su cotidiana oración a la Virgen.

Parecióle a poco que veía entre sueños el tribunal terrible en que juzga Jesucristo las almas de los muertos. Una acababa de ser condenada, y era la de su amigo. Vió entonces como era la suya conducida por la conciencia al pie del tribunal supremo: vió también a su madre que postrada ante el Juez divino, pedía misericordia para el hijo de sus entrañas.

Arrojó Luzbel sonriendo en la balanza todo el peso de los pecados del Conde y el platillo bajó rápidamente hacia el abismo. Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó un gemido de angus-

tia; Luzbel un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entonces María, con doce estrellas por corona y la plateada luna a sus plantas. Postróse al lado de la Condesa en ademán de súplica y colocó en el lado opuesto de la balanza las tres Ave Marías rezadas por el Conde. Más no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió con persistencia horrible inclinado hacia el abismo.

Tomó entonces María las lágrimas que derramaba la Condesa, y las puso en el Platillo de las buenas obras; más éste permaneció inmutable. Los ángeles gimieron de nuevo; la infeliz madre se cubrió el rostro con

las manos, perdida ya toda esperanza. Volvió entonces María hacia el Juez divino sus ojos purísimos, y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron a unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oración del hijo.

La balanza cedió al punto. Las lágrimas de sus DOS MADRES, salvaron el alma del hijo extraviado.

Un trueno horrible despertó entonces al Conde. A dos pasos de su lecho, vió inerte en el suyo, y carbonizado por un rayo, el cadáver de su amigo.

Luis COLOMA S. J.

La Procreación es el fin primordial del Matrimonio, según la Voluntad Divina

"Para que un sacramento produzca sus efectos, es preciso que al recibirlo se tenga el mismo espíritu que fue causa de su institución y una idea clara del fin sobrenatural de la unión que se va a contraer. Limitarla a un placer puramente humano, sería profanarla. También la Iglesia recuerda a los esposos en sus oraciones, plegarias y prescripciones morales, que no impunemente se pueden trasgredir ni desatender, que siendo el fin de la familia la trasmisión de la vida, se viola la ley esencial del matrimonio si en él no se ve más que la satisfacción de los sentidos, si se pretende gozar de placeres egoístas sin arrostrar sus sacrificios y deberes y sobre todo si valiéndose de maniobras criminales se impide la vida cuya propagación se les ha confiado como una misión sagrada.

"Nuestra fe nos enseña que hay una castidad conyugal que no permite dar ningún paso que tienda a empuqueñecer el objeto del matrimonio que es la trasmisión de la vida. Los que violan este precepto, se colocan en abierta pugna con la ley divina y si persisten en una falta que la moral cristiana castiga con su reprobación, no pueden continuar practicando su religión.

"La fe cristiana no admite contempla-

ciones cuando se refiere a esta regla esencial de la moral conyugal. Es verdad que la carga de numerosos hijos es pesada y las fuerzas débiles e incapaces de resitirla. "Dios alimenta a las avecillas del campo", responde la Iglesia. Si las ocupaciones no pueden armonizarse con la carga de numerosos hijos, entonces se debe cambiar de ellas y armonizar en forma diferente la vida porque las condiciones materiales de la existencia son secundarias y pasan a segundo plano si se la compara con la observancia de la ley divina.

"Para practicar esta moral, austera, es preciso que un mismo ideal moral, digamos mejor, que una misma fe una a los esposos, porque el desacuerdo de los esposos que en estas materias tan delicadas no quisieran ni pensar lo mismo, llevaría seguramente a la ruptura y hasta a la separación... La fe cristiana funda los hogares sobre la ley inmutable de Dios, por la unión estrecha de corazones y conciencias y por un vínculo perpetuo sancionado por Dios".

Hasta aquí el capítulo de Jean Giraud síntesis completa de la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio. Esta preparación que hace la Iglesia de los jóvenes al matrimonio, se ha intensificado en los últi-

mos tiempos a medida que el comunismo arrecia en sus ataques a la familia, y hoy es el tema preferido en los círculos de estudio de la Acción católica tanto en las asociaciones de jóvenes como en las de señoritas y obreros de ambos sexos.

Sobre la importancia y necesidad de esta preparación es inútil insistir ya que no solamente el comunismo sino el liberalismo filosófico, el materialismo y otras teorías de los últimos tiempos que después de todo no vienen a ser sino la misma con distinto nombre, o sean enemigas de Dios y de la Iglesia tratan de infiltrar, y lo han logrado en parte entre nosotros, el desprecio por el matrimonio, la familia y deberes esenciales de ambos. Es así como hoy muchos obreros imbuídos de esta idea, dicen: yo no quiero tener más hijos, ¿con qué voy a alimentarlos? A esto contesta la Iglesia con las palabras de Jesucristo en el Evangelio: "Mirad las aves de campo, no siembran ni recogen pero vuestro Padre Celestial las alimenta. Mirad los lirios del valle; no es verdad que ni Salomón con toda su gloria se vistió como una de estas flores? ¿Por qué teméis, pues, vosotros, hombres de poca fe?" Por qué teméis, pues? Por encima de todas las previsiones humanas está la Providencia divina que vela por todos los seres de la creación y que si no se olvida del último insecto o gusano de la tierra, mucho menos se olvidará de los

O católico o nada

Al abandonar la fe de la Iglesia, ¿dónde nos refugiamos?

Si en el protestantismo, ¿en cuál de sus sectas? ¿Qué motivos de preferencia nos ofrecen las unas sobre las otras? Discernirlo sería imposible; abrazar a ciegas una cualquiera nos lo será todavía más; y por otra parte, esto equivaldría a no prefesar ninguna.

Si en el filosofismo, ¿qué es el filosofismo incrédulo? Es una negación de todo, las tinieblas, la desesperación.

¿Andaremos en busca de otras religiones? Cier-

AHORRAR

es condición *sine qua non*
de una vida disciplinada.

DISCIPLINA

es la base más firme del buen éxito.

LA SECCION DE AHORROS DEL Banco Anglo Costarricense

(el más antiguo del país)

está a la orden para cooperar
con usted en la realización de
ese sano propósito,

AHORRAR

hombres, creados por Dios a su imagen y semejanza y para su gloria. No olvidéis que EL FIN DEL MATRIMONIO ES LA PERFECCION Y SANTIFICACION DE LOS ESPOSOS DENTRO DE EL, CON UN OBJETO QUE SON HIJOS.

tamente que ni el islamismo, ni la idolatría nos contarán entre sus adeptos.

Abandonar, pues, la religión católica será abjurarlas todas; será el partido de vivir sin ninguna; dejar que corran los años; que nuestra vida se acerque a su término fatal sin guía para lo presente, sin luz para el porvenir; será taparse los ojos, bajar la cabeza y arrojarse a un abismo sin fondo.

LA RELIGION CATOLICA NOS OFRECE CUANTAS GARANTIAS DE VERDAD PODEMOS ESPERAR.

Donoso Cortés.

El respeto de sí mismo

Hemos visto ya la necesidad de inculcar en el niño el respeto a sí mismo, respeto basado en la dignidad de la persona humana, la cual es inherente al hombre, no sólo por su fin sobrenatural, sino también por el natural, que es el medio de conseguir el fin último.

Ahora bien: ¿en qué consiste ese respeto? Teniendo en cuenta el fin del hombre, distinto del de los animales, todo aquello que aparte al hombre de su fin, es inmoral; y por consiguiente, puesto que el hombre es un ser compuesto de alma espiritual e inmortal y de cuerpo material y mortal, todo aquello que favorezca al cuerpo en detrimento del alma, es inmoral. En este sentido, los mismos, las comodidades y la satisfacción exageradas de los apetitos materiales, no pueden menos que tener sobre el niño, (como sobre el hombre), repercusiones hondas que van a afectar su moralidad. Así vemos el por qué los niños consentidos y mimados son seres que se hacen generalmente poco simpáticos, y que al crecer se convierten, o en seres audaces, dispuestos a imponer su voluntad y sus deseos en contra de los demás, o bien, serán incapaces de valerse por sí solos y de enfrentarse a la lucha por la vida. Pero diréis vosotros, amigos obreros, que esto no puede suceder a vuestros hijos, criados muchas veces en la escasez de lo necesario y aún en la miseria. No olvidéis que precisamente por lo dicho, vuestros hijos están en condiciones, que es necesario aprovechar, de ser bien dirigidos y orientados; pero para ello es necesario que vosotros estéis en condiciones de dirigirlos y orientarlos y que, como ya lo hemos dicho en otras ocasiones, es imposible inculcar en un niño el respeto de sí mismo si vosotros no os respetáis, ya que el ejemplo es en la educación y en la vida en general, el factor decisivo. El niño debe, pues, aprender el respeto propio en el de sus padres, por el que ellos se tengan entre sí y a sí mismos. Si un niño ve a su padre o a su madre embriagados, si les oye palabras soeces o

malsonantes, si los ve pelear, etc., fatalmente, por más que con palabras se le enseñe lo contrario, aprenderá preferentemente lo que vea y oiga. Ahora bien: esta pintura que os he hecho, ¿será la de padres que se respeten a sí mismos y estén en condiciones de hacerse respetar? No, por cierto; esos padres que así proceden, no se respetan; por el contrario, se desprecian a sí mismos, desprecian el sacramento que han recibido, y también irrespetan a sus hijos por el mal ejemplo que les dan, porque los padres son todo para sus hijos. Todo en el sentido material de sus necesidades satisfechas y de sus caricias; todo en el sentido espiritual de la herencia y del ejemplo que de ellos reciben.

Algún de vosotros dirá: Pero para eso nos separamos de nuestro hijo, él pasa su vida independiente de nosotros en la Sala Cuna o en la Escuela, y allá es donde tienen que responder por el niño, por su educación, sus costumbres, etc. Estáis en un error fundamental que es necesario aclarar, ya que hay que reconocer que el ambiente natural y lógico del niño es la familia, el propio hogar. Asegurar lo contrario es caer en el error comunista de que los hijos pertenecen al Estado, y que no se tienen sino para satisfacer el instinto natural del hombre hacia la reproducción de la especie. Lo cual es ir contra la dignidad de la naturaleza humana, ya que los hijos son la continuación de los padres hacia Dios. La responsabilidad, pues, de la educación de los hijos recae de manera absoluta, única y completa sobre los padres, y si éstos, obedeciendo a necesidades imperiosas, como en el caso de tener que trabajar ambos por fuera del hogar para subvenir a las necesidades de una familia numerosa, se ven en el caso de confiar sus niños a una institución, no por ello disminuye su responsabilidad, antes por el contrario, aumenta, puesto que se añade la obligación de vigilar si la institución merece la confianza que se le ha otorgado. Padres conozco, y muchos

por desgracia, que no se preocupan de si la institución, Sala Cuna, Escuela o Taller, forma y dirige hacia el bien el alma de sus hijos, ni se preocupan tampoco de las compañías que allí pueden tener; y en cambio sí se molestan, disgustan y tratan de mala manera a los encargados, por la menor corrección que recibe el niño. Pretenden así que la institución dé al niño los mimos que ellos no pueden darle y le niegan el deber y el derecho de corregirlo, lo que además de ilógico, es injusto, porque se quiere hacer de la institución y de su personal una especie de (perdóneseme la palabra) burro de carga, sin más papel que el de aguantar al niño; lo cual, además, no es enseñar al niño el respeto de sí mismo, ya que éste se basa en el respeto a los demás.

De todo lo dicho se desprende que la

escuela de educación moral del niño, es y debe ser el propio hogar. En el hogar es donde se desarrolla la vida natural y normal del hombre, ya que éste, llegado a su completo desarrollo, sólo lo deja para cambiarlo por el que él va a fundar. Así pues, es en el hogar donde se educa al niño, educación que la escuela y la vida van a completar, pero que, si en el hogar no ha recibido las primeras enseñanzas, en vano las instituciones tratarán de formarlo. En el hogar aprende el niño, por el respeto que debe a sus padres, el respeto a sí mismo y a los demás; respeto basado en el cariño y la amistad y no en el temor; aprenderá así a dominar sus instintos y controlar sus pasiones, haciéndose útil a la sociedad y hombre en el sentido verdadero y humano de la palabra.

RECETAS DE COCINA

Bananos helados a la crema

Se pasan por el prensador unos 6 bananos bien maduros, si es posible que la cáscara de ellos esté pecosa y se mezclan con un medio vaso de crema de leche fresca y una cucharadita de vainilla, azúcar al gusto; se echa en un pirex y se cubre con dos vasos de crema de leche fresca batida espumosa, pero sin que se corte, perfumada con vainilla y una copita de licor bien fino y al gusto. Se pone en la nevera o se entierra en hielo machacado bien fino. Se deja enfriar durante dos horas, y se sirve.

Huevos en cebolla

Se cortan en láminas bien delgadas dos hermosas cebollas y se cocinan en agua con sal, cuando están cocinadas se les escurre el agua y se les agrega una buena cucharada de mantequilla y se dejan un ratito hervir espolvoreándolas luego con una cucharada de harina no muy llena y agregándoles un medio vaso de leche, se les pone sal, pimienta y sobre esta salsa espesa se ponen seis huevos duros cortados en rueditas delgadas, dejándolos hervir un ratito, y se sirven.

Suflé Carmen

Se derriten 40 gramos de mantequilla y se

mezclan con 30 gramos de harina y se disuelven en taza y media de harina cernida, agregándoles 100 gramos de azúcar y una cucharadita de esencia de café, se pone al fuego hasta que hierva bien, se retira del fuego y se le mezclan poco a poco cuatro yemas de huevo batidas, se deja enfriar un poquito y se le agregan tres claras batidas a punto de nieve; se mojan en un licor fino seis galletitas finas y se colocan en un pirex en mantequillado y espolvoreado de azúcar granulado, encima se echa un poco de suflé y se vuelve a colocar otra capa de galletitas empapadas en licor y encima otra capa de suflé hasta que se termine con lo preparado. Se cocina en el horno a fuego moderado durante unos 25 minutos y se sirve caliente.

—o—

Rectificación importante

En las Recetas de Cocina del número 436 salió equivocada la receta de los GNOCCHIS; dice: ...y se le agregan dos cucharadas de harina, en vez de 8 a 10 cucharadas. La harina se le va agregando hasta que se vea que la pasta se pueda amasar fácilmente.

Censura de Películas

POR EL TRIBUNAL DE CENSURA CINE MATOGRAFICA DE ACCION CATOLICA

Clase A. — 1ª Sección. — BUENAS.

La cueva de los acusados; Dos bobos en Oxford; Dos fusileros sin balas; Fieras de las praderas; Justicia de Santa Fe; Oro desaparecido; Pinocho; El ruiseñor pelea.

Clase A. — 2ª Sección. — PARA PERSONAS DE CRITERIO BIEN FORMADO.

A la orden Dr. Christián; Ayuno de amor; Balalaika; El beso del bandolero; Campeón Invencible; Celos de gloria; Conquistas de Broadway; 40 madrecitas; Dama de compañía; Doble crimen en la Línea Maginot; El doctor se casa; La emperatriz loca; En son de guerra; Héroe sin fama; La hora mortal; Idilio otoñal; Mamá quiere casarme; Mandinga en la sierra; Mariquilla Terremoto; Patrulla de urgencia; Rebeca; Regreso del hombre invisible; Río abajo; La senda del odio; Sueño realizado; Templo perdido; Tontos de altura; La última confesión.

Clase B. — ESCABROSAS.

Demasiados maridos; Engaño nupcial; El hombre del día.

Clase C. — CONDENADAS

Infidelidad; La llorona; No desear la mujer de tu prójimo; Signo de la muerte.

—o—

Protestamos de la mal llamada Censura Oficial, que permite la exhibición para toda clase de personas, de películas corruptoras que destruyen en nuestra juventud el sentido del honor y de la pureza de costumbres.

CLINICA DENTAL

DOCTOR PERCY FISCHER

Dentista Americano

DE LA UNIVERSIDAD DE HARVARD

Ofrece al público métodos modernos en sus servicios profesionales

Rayos X

TELEFONO 3105

50 varas al Oeste de la Iglesia del Carmen

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

TIENDA DE CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Prepárese para el frío del verano

en esta tienda encontrará usted las
mejores y más baratas

Cobijas de Lana

GMO. NIEHAUS & Cº

DEPOSITO PERMANENTE DE

AZUCAR de GRECIA, Hacienda "VICTORIA"
" de Santa Ana, Hacienda "LINDORA"
" de Santa Ana, Hacienda "ARAGON"
ARROZ de Santa Ana, el mejor elaborado.
ALMIDON, marca "Rosales", Hacienda "PORO"

Calidades insuperables

Precios sin competencia

AL POR MAYOR - AL POR MENOR

Apartado 493 — Teléfono 2131

SOLO

Jabón SAN LUIS

con su espuma menuda y PERSISTENTE, le dará a Ud.

BUEN RENDIMIENTO

EN EL LAVADO
DE SU ROPA

INDUSTRIAL SOAP Co.

Agustín Castro & Cía.

Recetas útiles para las madres

Un buen sudorífico

Al acostarse se toma media taza de leche hirviendo mezclada con media taza de agua hervida y bien caliente, con azúcar al gusto; se toma lo más caliente posible y luego se arropa bien el enfermo para excitar la transpiración, esto se puede hacer dos o tres noches seguidas. Es muy eficaz y además constituye un buen alimento.

Para combatir el insomnio

Se toma al acostarse un vaso de leche caliente con azúcar, y si al enfermo no le hace daño el alcohol, se le puede agregar una cucharadita de cognac. También es muy bueno comer durante el día ensalada de lechugas y al acostarse, si es muy persistente el insomnio, cocinar unas hojitas de lechuga y beber el agua tibia momentos antes de acostarse.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica